

LA VERONICA Y EL MIRTO

No sé dónde, ni sé cuándo,
Ni sé el país, ni la fecha,
Solo sé que era de tarde,
Y entre luces y tinieblas,
Cuando unas flores hablaban
Y se decían ternezas:
¿Qué han de decirse las flores
Si siempre fueron tan tiernas?
—Cómo te llamas?

—Verónica.

—Y ¿no has amado?

—Jamás.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo.

—¿Miedo?

—Al olvido,

—¿Y quién vá

Enamorado y rendido
Tanta hermosura á olvidar?

—Todo en el mundo es mentira!

—Tal vez te engañas.

—Quizás.

—Vives triste?

—No por cierto,

Porque vivo sin amar.

—Pues yo vivo suspirando,

Tierna flor, por tu beldad,

Y no sé cuándo ni dónde

Dejaré de suspirar.

—Y tanta constancia.....

—Abona

A mi corazón leal.

—A tantas flores he visto

Morir en la soledad,

Porque otra flor les decía

Lo que diciéndome estás;

Porque olvidaron incautas

En su inocente ansiedad,

Que son las promesas viento,

Y que como vienen, van.

Y si tantos han faltado,

Fingiendo sinceridad
 En sus amantes promesas,
 ¿Por qué tú no has de faltar?
 —Porque algo debe decirte
 Que aborrezco la maldad.
 —Quién te fia?
 —El tiempo.
 —El tiempo!
 Y ¿quién al tiempo fiará?
 —Amame y yo te aseguro
 Que no te arrepentirás.
 —Otros en el mismo caso,
 Eso mismo han dicho ya.
 —Moriré sin esperanza!
 —Buen recurso.
 —¡Qué crueldad!
 Yo puedo ser la escepcion
 De la regla general.
 —Puede ser.
 —Ya te sonries?
 —No.
 —Te he visto.
 —Suspica!
 —Yo sé bien que una sonrisa
 Nunca fué mala señal.

—Y te llamas?
 —Mirto.
 —Mirto!
 —Interes?
 —Curiosidad.
 —Nada mas que eso, bien mio?
 —Curiosidad y no mas.
 Y en tanto la noche tiende
 No su manto de tinieblas,
 Sino el otro, azul, que bordan
 Brillantísimas estrellas;
 Y en tanto que rueda el carro
 De la cándida viajera,
 Vírjen que duerme de dia,
 Vírjen que de noche vela,
 Vírjen que á un tiempo recibe
 Trovas que entonan poetas,
 Suspiros de aves y flores
 Y cantares de sirenas;
 Y en tanto que van las auras,
 Sueltas las alas inquietas,
 Al par de céfiros blandos
 Cruzando por la pradera,
 El enamorado Mirto
 Y la Verónica bella,
 Tantas cosas se dijeron
 De cariños y promesas,

Y hablaron tanto y tan quedo
 Para que no los oyeran,
 Que solo cuenta la crónica
 El final de su querella:

VER.—Será tu pasión?.....

MIR.— Sin tasa.

—Siempre amante?

—Y leal.....

—Tú eres el AMOR, bien mio!

—Y tú la FIDELIDAD!

ANTE EL CADAVER DEL CIUDADANO CORONEL

JUAN DORIA.

Cuando la patria de dolor gemia,
 Miserable esclava en el mercado inmundo
 De la discordia impía,
 Y en su dolor sufría
 La ignominia y baldon del nuevo mundo!
 Un puñado de héroes combatiendo,
 Empapaban con sangre las montañas
 Del Anahuac perdido;
 Y lograron al fin con sus hazañas
 De la muerte entre el múltiple alarido,
 Salvar del cieno el pabellon de Hidalgo,
 La vencedora enseña de Guerrero,
 Que emblema de victoria
 Llenó de admiracion al mundo entero
 Y á México de gloria.....
 Un puñado de héroes.....! allí estaba
 Con ellos esforzado y animoso
 Del suelo patrio en el confin desierto,
 Ese que veis allí..... Marte coloso,
 Terror de las batallas..... ese muerto!

Un día, triste resonó en su oído
 El hórrido estampido
 Del cañon de las Galias victorioso.
 Oyó del pueblo libre los clamores,
 Que al poder del mas fuerte sucumbia,
 De ciudad en ciudad, de monte en monte
 Huyendo de la odiosa tiranía.
 Miró al águila audaz que rebatía
 Sus alas fatigadas,
 Perderse en el confin del horizonte.
 Al siniestro reflejo
 De la rojiza tea,
 Que iluminaba el triunfo del tirano
 En vergonzosa y desigual pelea.....
 Y altivo, fiero ante el altar sangriento
 De la patria abatida y mutilada,
 De noble y de patriótico ardimiento
 Su seno henchido, demandó una espada.
 Vedlo correr al alto Cimatario
 Al frente de sus bravos escuadrones!
 ¿Quién resiste el empuje poderoso,
 Quién la carga mortal de sus bridones?
 El héroe del imperio
 Mexicano también, también valiente,
 Lo mismo que destroza la campiña
 Devastador torrente,
 Miró desbaratadas sus lejiones

Tornando al campo la soberbia frente
 Tantas veces ufana.....!
 El, entretanto, se envolvió gozoso
 En el rasgado pabellon glorioso
 De las guerreras huestes de Galeana.
 Miradlo allí..... su vencedor acero
 Colgado yace en el hogar sombrío;
 Helado el corazon, y el brazo fiero
 Paralizado y frio.
 Oh! destructora muerte!
 Inexorable tu guadaña, corta
 Donde quiera que cae,
 El hilo misterioso de la vida.....
 Juventud ni valor, nada retrae,
 Nada contiene el hacha suspendida
 De tus robustas manos..... no perdonas!
 Y allí tienes tu presa, mas ¿qué importa
 Si no puedes robarle las coronas
 Que humedecen con llanto sus hermanos?
 Si allá en tu oscura, lóbrega morada
 Tiene su Oriente el sol esplendoroso,
 Que no se pone nunca.....
 Ese sol de la gloria
 Que con fecunda llama reverbera
 En la huella inmortal de su carrera,
 En el brillante libro de su historia.

SERENATAS.

I

«Al pié de tus balcones,
 «Mi dulce encanto,
«Por tus amores triste
 «Mi amor te canto;
 «Sencillo y breve,
«Al céfiro le ruego,
 «Que te lo lleve.
«Si al son de mis canciones
 «Oyes mi queja
«Sal, amorosa niña,
 «Tu lecho deja
 «Que en trance fiero
«Si de esperanzas vivo
 «De amores muero.»

—Anoche, madre, cantaron
Debajo de mi balcon.
—Válgate la Vírjen pura!
—Ay, madre!
 —Válgate Dios!
De quien rondando á deshora
Te canta endechas de amor.
—Escúchame, madre.
 —Escucho.
—«Niña, sal,» dijo una voz,
Y era tan tierno el acento
Y tan tierna la cancion,
Que el sol me dejó despierta
Y despierta me halló el sol.
¿Vendrá mañana á cantarme?
—Calla, Laura, por favor.
—Pero, madre!.....
 —Laura, Laura,
No salgas á tu balcon!

II

«Al pié de tus balcones,
 «Reina y señora,
«Trovando mis cantares
 «Me halla la aurora,
 «A tí, bien mio,
«Envueltos en lamentos,
 «Te los envió.

«Si aun despierta, pausado

«Late tu pecho,

«Deja, niña hechicera,

«Deja tu lecho.

«Sal, y del alma

«El sufrimiento acerbo

«Benigna calma.»

—Anoche otra vez cantaron

Debajo de mi balcon.

—Líbrete la Virgen pura

Del canto y del trovador.

—Escúchame, madre!.....

—Escucho.

—«Niña, sal» dijo una voz,

Y era tan dulce su acento,

Tan profundo su dolor,

Que el sol me dejó temblando

Y temblando me halló el sol.

¡Mañana vendrá á cantarme!

—¡Calla, Laura, por favor!

—Pero, madre.....

—Laura, Laura!

—Ay, madre, salí al balcon!

III

«Al pié de tus balcones

«Mi encanto fuiste.....

«Era yo tan dichoso,

«Y estoy tan triste!.....

«Ay, de tu lado

«Inexorable y ciego

«Me aleja el hado.

«Si por mi amor despierta,

«Late tu pecho,

«Adios, Laura, tranquila

«Duerme en tu lecho:

«No mas mi acento

«Turbará con sus notas

«Tu pensamiento!»

—Anoche, madre, cantaron

Debajo de mi balcon.

—Válgate la Virgen pura!

—¡Ay madre!

—Válgate Dios,

De quien rondando á deshora

Así te canta su amor.

—Escúchame, madre.....

—Escucho.

—«Niña, adios» dijo lo voz,

Y era tan triste el acento

Y tan triste la cancion,

PEON CONTRERAS.

Que el sol me dejó llorando
Y llorando me halló el sol.
¡Ya no volverá á cantarme!
—Calla, Laura, por favor.
—Pero, madre.....
—Laura, Laura,
¡Porqué saliste al balcon!

POESIAS.

DOS HERMANAS.

La encantadora Alegría
Vestida color de fuego,
Con la sonrisa en los labios
Y flores en el cabello,
Y la abatida Tristeza
Envuelta en ropages negros,
Con lágrimas en los ojos
Y semblante macilento,
A la entrada de una villa,
Cuyo nombre no recuerdo,
Caminaban una hermosa
Mañana del mes de Enero.
La una, mustia y afligida,
La otra, feliz y riendo.

La antítesis mas completa,
 Los dos mas opuestos genios.
 Mas ¿quién ignora en el mundo
 Que sin parar un momento
 Gemelas inseparables
 Recorren el universo?
 ¿Quién es aquel que en su vida
 No sintió, tal vez á un tiempo,
 Los halagos de la una,
 De la otra los tormentos?
 —Ay! Tristeza, por qué impía
 Nunca te alejas de mí?
 —Yo me consuelo, Alegría,
 Con estar junto de tí.
 —Siempre estás marchita y triste.
 —Tú siempre alegre y lozana.
 —Tú para el dolor naciste.
 —Tú para el placer, hermana.
 —Oh, quién pudiera llorar!
 —Oh, quién pudiera reír!
 —Despues de tanto gozar!
 —Despues de tanto gemir!
 Siempre unidas y enlazadas
 Toda la villa anduvieron,
 La una brindando placeres,
 Lágrimas la otra vertiendo.
 La una curando dolores,

La otra matando contentos,
 Desengaños y esperanzas
 Filtrando en todos los pechos!

Y cuando ya de aquel dia
 Se extinguieron los reflejos
 Y las importunas nieblas
 Amortajaban á Febo,
 Abandonaron la villa,
 Y nueva marcha emprendieron,
 La del sombrío ropage,
 Y la del color de fuego.
 A poco andar y á la orilla
 Del camino, un sauce vieron,
 Gemebundo centinela
 De la mansión de los muertos.
 Bajo del árbol se alzaba
 Sombría reja de hierro,
 Que daba entrada á ruinoso,
 Tristísimo cementerio.
 Detuvo Alegría el paso;
 Mas con ademan resuelto
 Tristeza avanzó callada
 Por el sombrío sendero.
 Y mirando que Alegría
 Se quedó fija en su puesto,
 Demostrando en el semblante
 Malestar, disgusto ó miedo,

Al pié de una tumba humilde
El triste rostro volviendo,
Así á su feliz hermana
La dijo con dulce acento:
—Ven, Alegría, y aquí
Tú eterna sonrisa deja.....
—Espero al pié de la reja,
Hermana, yo no entro allí!

MELODIA.

(EL CANTO DEL RUISEÑOR.)

«Noche serena,
Noche tranquila,
De encantos llena,
De eterno amor;
Ven, que un lucero blanco rutila
Sobre la frente del ruiseñor.

Ponte el galano
Manto de estrellas,
Para eso al llano,
Noche, salí.
Que quiero estarme mirando en ellas,
En tanto que ellas me ven á mí.

Ven, apresura,
Si lenta avanzas,
Ven, noche pura
Sin dilacion.

De noche nacen las esperanzas,
Y hoy no las tiene mi corazón.

Noche! consuelo
De ruiseñores,
Tiende tu velo
Bajo el zafir;
Tiende tu blando lecho de flores;
Naturaleza quiere dormir!

Cíñete aquella,
Cual no hay ninguna,
Diadema bella
Que argenta el sol!
Que cuando miro, noche, tu luna,
Siento que en mi alma muere el dolor.

Ven, que me espera
Dentro del nido
Mi compañera,
Mi dulce bien.
Sus alas cubren al ser querido;
Tiende las tuyas, noche, también.

Nuble la frente
Del sol la bruma
Del occidente
Cárdeno ya:
Tus leves auras, noche, perfuma,
Y alegre el pecho respirará.

EN LA MUERTE DE
PEDRO I. PEREZ.

I

«El trovador que ayer cantar oíste
Con voz enamorada,
No existe ya, no existe;
Pulsando el arpa melodiosa y triste
Llegó hasta el fin de la postrer jornada.

Sobre él inexorable el hado ciego,
Descargó sus furores,
Sin escuchar su ruego,
Cuando su corazón brotaba fuego,
Cuando su pecho respiraba amores.

Ay! cuando acaso el porvenir riente
La paz le prometía
Que acarició en su mente,
Y vislumbraba en el rosado Oriente
La venturosa luz de un nuevo día.